

## PATRIA Y ESPACIO: VÍNCULOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL ARGENTINA

---

**Adriana Eberle<sup>1</sup>**  
U.N.S.

### **Introducción**

El proceso de construcción de identidad nacional es uno de los temas que concita gran atención entre los investigadores, posiblemente porque –de algún modo- transversa otras cuestiones no menos trascendentes como la vida cultural, el trayecto educativo, las políticas del Estado. En la República Argentina, la cuestión identitaria debe ser analizada y comprendida en el complejo desarrollo de consolidación del Estado moderno; fue ciertamente el Estado el que se involucró decididamente en la construcción de una identidad que, arraigada en la historia y motorizada por la escuela y la apropiación estatal del espacio público, forjase al argentino ideal conteste con el modelo político, económico y cultural y que actuase en consecuencia.

Obviamente este camino emprendido por la clase dirigente hacia mediados del siglo XIX conllevó la instauración de una ideología dominante. En este sentido, y siguiendo a Bourdieu y Boltanski, el discurso de poder no se justifica “en voz baja”; por el contrario, primero buscará impactar y luego convencer a aquellos grupos a los que pretende imponerse. Se verifica así que “tiene como función inicial orientar una acción y mantener la cohesión de quienes la ejecutan fortaleciendo, mediante la reafirmación ritual, la creencia del grupo en la necesidad y la legitimidad de su acción...” (Bourdieu y Boltanski, 2009:12) La generación del Ochenta entonces se cohesionó lo suficiente como para autoreconocerse formadora de la nacionalidad a un tiempo que monopolizaba todos los ámbitos del poder; es posible pues caracterizar a estos hombres como “creyentes instruidos en el mismo dogma y dotados de los mismos esquemas de pensamiento y acción, de las mismas disposiciones éticas y políticas...” (Bourdieu y Boltanski, 2009:12) Como grupo entonces fueron consolidando su posición política y lo hicieron a impulsos de un conjunto de condiciones políticas y

---

<sup>1</sup> [aeberlerios@yahoo.com.ar](mailto:aeberlerios@yahoo.com.ar)

económicas que favorecieron su rápida institucionalización y la oficialización de su ideología, sin descuidar por cierto un diálogo permanente entre el pasado glorioso que sostenía el presente ya promisorio y aventuraba un porvenir todavía más grandioso. Debe tenerse en cuenta también que “el discurso dominante sobre el mundo social no tiene como función solamente legitimar la dominación, sino que también orienta la acción destinada a perpetuarla, entre una espíritu y una moral, una dirección y directivas a quienes dirigen y son capaces de convertirlos en acción...” (Bourdieu y Boltanski, 2009:108), por lo mismo su visión del conjunto socio-cultural-político y económico será parcial e interesada aunque efectiva ya que se tradujo en un proyecto de acción que les aseguró el éxito y la permanencia.

Puestos de acuerdo en estas primeras ideas, insistamos ahora en la necesaria e intrínseca relación que se dio entre Estado y escuela, en tanto y en cuanto aquél - y la clase dirigente que lo constituía-, entendieron que la estrategia privilegiada para moldear al argentino y comprometerlo con el modelo era la escuela. Así concebida la institución escolar se convirtió en difusora de los logros alcanzados desde la puesta en vigencia de la Constitución y a un tiempo en contralor social, pues el mismo Estado confió a la escuela el arraigo de los comportamientos aceptados y no aceptados por el colectivo y la formación del sentimiento patrio (Eberle 2010)<sup>2</sup> Ese sentimiento nacional adquirió distintas visibilizaciones que iban desde el debido respeto a los símbolos patrios a la participación en los actos en ocasión de fechas y hombres memorables, como también el cuidado meticuloso a los espacios públicos, los jardines, los monumentos y la flora y la fauna vernáculas en sus ambientes naturales. Consultada al efecto la documentación emanada de las instituciones educativas es dable comprobar cómo se insistía en la necesidad de fortalecer el espíritu patrio a partir del conocer –y por tanto amar-, los espacios naturales del territorio argentino ya que, al amarlos, se amaba a la Patria.

He aquí el tema que nos ocupará en la presente investigación; esto es, el espacio tanto privado como público y el espacio geográfico como instancia positiva para consolidar, a partir de su estudio e identificación identitaria, el

---

<sup>2</sup> Anexo 1. Sugerente imagen presentada en un texto en que las escuelas aparecen ubicadas en diferentes espacios geográficos pero el resultado de todas ellas es el argentino ideal, todos niños y niñas iguales tanto en su aspecto físico, como espiritual y moral.

sentimiento nacional. Nos detendremos pues en el modo en que fueron presentados a los niños el espacio privado (la casa y sus dependencias) como el público (la escuela y la calle), y el ámbito geográfico, en tanto realidad o hidrográfica como su faceta de ecosistema, y analizaremos cómo se intentó a través de esas representaciones, despertar el amor a la Patria. Por esto mismo, observaremos principalmente las peculiaridades en el tratamiento del espacio en función de ese objetivo impuesto desde el Estado.

Para el abordaje de nuestra propuesta, hacemos propias las reflexiones que, para lectura de imágenes, con tanta minuciosidad y acierto ha planteado Miguel Rojas Mix (2006) En este sentido, nos apropiamos de sus sugerencias y las aplicamos no sólo a las imágenes en sí mismas sino también a las representaciones construidas a partir de la asociación de palabras.<sup>3</sup> En cuanto a las fuentes, nos centramos en el análisis y reflexión de literatura infantil destinada a la escolaridad primaria pública, publicados entre 1900 y 1940.<sup>4</sup> Advertimos asimismo que, dada la extensión propuesta a la presente, solamente consideraremos –en cada caso- los ejemplos más significativos.

### **El espacio privado / el espacio público**

Cuando anticipamos que el Estado privilegió la educación para moldear, por medio de ella, un argentino acorde con el proyecto político-ideológico, expusimos que aun en el espacio privado se esperaba que el argentino viviese y actuase de acuerdo a pautas claras y precisas. Del ámbito privado se destaca sobre todo la casa familiar, sus diferentes habitaciones y el exterior de la misma. Los ambientes

---

<sup>3</sup> Nos abocaremos entonces al *estudio de imaginarios*, esto es de un constructo más amplio que gesta aquélla y que la justifica. En este sentido, imaginario se nos presenta como mundo, cultura o inteligencia visual que se manifiesta en un conjunto de íconos, se difunde a través de una diversidad de medios e interactúan con las representaciones mentales. Por lo mismo, el imaginario estudia la imagen sin cualificación estética pero sí ahondando en el sentido, el fin o el propósito de la misma. Así el método de análisis consistirá en abordar la imagen desde el ángulo de la significación: es decir, el signo es tal en la medida que expresa ideas. Estas propuestas metodológicas fueron ampliadas en Eberle (2009).

<sup>4</sup> Son libros en general extensos, con fragmentos más o menos complejos de acuerdo al grado de formación de los niños. Coinciden en presentar textos que complementaban o profundizaban el desarrollo áulico de los temas; algunos incorporan imágenes, sobre todo de los símbolos patrios y de los principales héroes; no desestimaron a inclusión de imágenes que presentaban los comportamientos “deseables” en un niño como también la escuela y diferentes regiones del país. Fue habitual que se incorporasen ejercicios gramaticales a efectos de conciliar el ejercicio de la lecto-escritura con la adquisición de contenidos. En general, no incluían prólogos. Sugerimos ampliar estos conceptos en Eberle (2010).

interiores se esperaban que fuesen aseados, ordenados, prolijos, aun si se trataba de una vivienda humilde. Se introducía a los niños en el conocimiento de diferentes tipos de fincas tanto en la ciudad como en el campo; asimismo se hacía referencia a casas que podríamos denominar “célebres” por quienes las habitaron; por ejemplo “la casa de San Martín en Francia” (De Andrada, 1937:11-12) o “la casa donde murió Sarmiento” (De Andrada, 1937:13). Por esto mismo, desde esas casas, se buscaba fomentar no sólo el espíritu patrio –por ser la residencia de los héroes- sino también virtudes domésticas y hábitos saludables; sirvanos de ejemplo la descripción que se nos ofrece de la casa francesa del Libertador americano

Una hermosa acacia blanca da su sombra al alegre patio de la habitación. El terreno que forma el resto de la posesión está cultivado con esmero y gusto exquisito; no hay punto que no se alce una planta estimable o árbol frutal. Dalias de mil colores, con una profusión extraordinaria, llenan de alegría aquel recinto delicioso. Todo, en el interior de la casa, respira orden, conveniencia y buen tono (De Andrada, 1937:12)

No menos esclarecedores son los comentarios que el autor realizó al referenciar la casa de Tucumán; y así, la “reliquia” se tornaba recinto que merecía ser preservado:

Al estudiar la vida de los grandes hombres argentinos, es agradable detenerse, también, frente a las cosas que estuvieron cerca suyo. Parece como que el amor que sintieron por su Patria, demasiado grande para caber en ellos, se hubiese derramado. Y hubiera ido apretándose a las piedras de los lugares por donde pasaron a las cosas cerca de las cuales tuvieron que actuar (De Andrada, 1937:16-17)

La sencillez de esas casas urbanas era confrontada con la del rancho, el que fue caracterizado como la “vivienda del gaucho y su familia”, el “puesto” típico de la pampa. De tal confrontación destacaba fundamentalmente que más allá de la opulencia o precariedad de la vivienda, la misma delataba apego a ciertos hábitos que el argentino tenía que reproducir. Por ejemplo, el orden, hábito que era afirmado presentando analogías con la colmena de abejas o el nido de hornero, no sólo por ser el constructor de su nido, sino sobre todo por ser el ave nacional: al respecto aclaró el autor en ocasión de una lectura: “mis hermanitos dicen siempre, que quisieran ser como el hornero para construir ellos mismos su vivienda. Yo les contesto que también estudiando mucho y siendo buen hijo y buen argentino se imita al hornero, modelo de amor al trabajo y a la familia...” (De Andrada, 1937:22) Desde esta perspectiva también se insistió en que un hogar aseado era indicio de “laboriosidad y diligencia” frente al “abandono y

haraganería"; nuevamente la conducta esperada en oposición al comportamiento reprobado. Lo apuntado para el rancho fue extensible para la casa del "puestero", sencilla y modesta pero limpia y ordenada, con flores y de buen gusto. Sin embargo, esta descripción fue opuesta a la vivienda de otro puestero, siendo la apreciación primera que expuso el autor: "aquel sitio era un criadero de moscas", sin detalles ni de orden ni de limpieza. Juan Jáuregui, el autor, redundaría en conceptos al concluir la comparación entre ambos "puestos": "En el primero: sencillez, naturalidad, limpieza, trabajo, labores domésticas, adornos, huerta, árboles, flores y frutas: **reparo, sombra y belleza**...En el segundo: **descuido, desorden y desaseo... Un hogar feo y triste** (Jáuregui, 1932:24-26) Destaquemos entonces que esa persistencia por remarcar lo aceptado tiene que ver con las actitudes que se buscaban inculcar a los niños a un tiempo que iban gestando potenciales y efectivos controles sociales desde el Estado.

Esas particularidades enunciadas en relación al interior de las viviendas se repetían al referirse al exterior, ya fuese el jardín o la huerta. Fomentar hábitos de vida saludable, al aire libre era parte del conjunto de virtudes domésticas que el argentino tenía que exhibir. Así una lectura refería que la niña había ido a la huerta a traer las verduras que su madre le solicitase. De la tarea exitosamente realizada, el autor escolar expuso:

Encanta el espíritu de orden y de trabajo de la pequeña Albertina. Ayuda a su mamá y le proporciona íntimas satisfacciones... Sabe ser ordenada y es una buena condición de la vida: es una virtud. Y trae flores para dar alegría, color y fragancia al comedor donde se reúne la familia. ¿Y las violetas que con tanto cariño dedicó a su madre? Allí están en el dormitorio como símbolos de amor, gratitud y respeto (Rodríguez, 1942:21)<sup>5</sup>

En idéntico sentido, los textos proponían reseñas pormenorizadas de tambos en los que se acentuaban el orden y la higiene como la recurrencia de tener jardines, huertas y animales domésticos, destacando actividades acordes a la hora del día y la descripción de amaneceres, crepúsculos y mediodías, advirtiendo también la reincidencia en los hábitos deseables "que ennoblecen la vida". Es obligado destacar la presentación de la flora y la fauna naturales de la zona pampeana como estrategia de ir gestando en el niño el respeto a su existencia, por ejemplo, el ombú, el caballo, el ñandú, las razas vacunas entre los más considerados...Esos ejemplares recibían el calificativo de criollo o nacional,

---

<sup>5</sup> Cfr Jáuregui (1932: 18), ocasión en que el autor insistirá en que las flores adornaban patios, galerías y balcones al punto que "una casa sin flores es como un hogar sin niños..."

elevándolos a la condición de emblema o símbolo identificador: caballo criollo, que de algún modo pertenecía a todos y era uno más del colectivo argentino.<sup>6</sup> También fue frecuente la presentación de los astros nocturnos y los fenómenos climáticos pues los mismos presentaron una doble finalidad: por un lado, caracterizaban las regiones del país (por ejemplo, los vientos zonda y pampero, o la Cruz del Sur) y por el otro, aficionarían al niño en su capacidad de observación. Desde esta óptica se buscaba despertar el entusiasmo y el amor a la naturaleza, “admirable y asombrosa por su grandeza y majestad” (De Toro y Gómez, 1930:61), pero también –como veremos- por tratarse de flora y fauna argentinas, valioso argumento para fomentar el sentimiento nacional en el futuro ciudadano.

En cuanto al espacio público, el primero privilegiado fue la escuela, entendido como “lugar sagrado” (De Andrada, 1937:25), en donde se instruía y educaba a los niños para ser personas útiles a los demás y a la Patria. La escuela por su función social adquirió en tanto espacio, un tratamiento místico, merecedor de respeto y amor por estar involucrado en la formación del sentimiento patrio. Así entendida la escuela fue depositaria “del porvenir de la familia, de la sociedad y de la Patria” (Rodríguez, 1942:5) Nuevamente insistimos en que todo detalle fue sistematizado e implicado en un todo que debía dar como resultante un imponente apego patrio. Desde este lugar, los muebles del aula, por ejemplo, debían ser tratados como a “buenos amigos”. La escuela tanto urbana como rural, fue el ámbito que debía destacar por el orden y la pulcritud. La escuela estaba llamada a ser un recinto donde aprender a pensar, sentir y amar. Asimismo se extendió la idea de que al ingresar en la escuela, el niño pasaba a integrar la “gran familia escolar” y tenía un nuevo hogar, “el hogar de todos” (De Toro y Gómez, 1930:9). Desde esta posición, el maestro tenía que ser obedecido como un “padre cariñoso” y los compañeros de clase aceptados como “hermanos y hermanas”; además se insistía en el carácter público de la escuela, remarcando que si se era buen alumno se correspondía acabadamente al esfuerzo realizado por esa Patria que le convocaba a ser parte de la escuela.

La escuela asimismo fue el epicentro donde se congregaba el vecindario para celebrar las fiestas patrias. Fue habitual que en los textos se describiese en modo minucioso cómo se decoraban los patios para la ocasión y cómo se ubicaban los

---

<sup>6</sup> Es necesario destacar que también aparecían referencias a otras regiones del país y sus animales más típicos, como la mula o la llama en el noroeste, el águila en la cordillera, el jaguar en la selva misionera. Sirvan de ejemplo Jáuregui ([s.f.]:114 a 119).

niños en formación especial para el evento, evento que por cierto convocaba no sólo a los escolares sino también a todos los transeúntes que con gran fervor entonarían el himno y reverenciarían la bandera y a los "Padres de la Patria". Destaquemos también que estas imágenes no fueron privativas de lo urbano sino que se resaltó la realización de los actos patrios en la escuela rural, insistiendo especialmente en el carácter socializador de su práctica.

El otro espacio esencial para los fines educativos fue la calle. Así como la calle fue un ámbito destacado para los desfiles militares y civiles en ocasión de fiestas patrias, insuflando entonces comportamientos socialmente deseados, también la calle fue entendida como el espacio en que no debían cometerse actos entendidos como poco edificantes. En este sentido se reiteraron los relatos sobre niños que elegían la calle para "jugar al hoyito" (la bolita o canicas), hecho éste etiquetado como "feo" porque habilitaba a que los niños jugasen tirados en el suelo, estorbando el paso y sobre todo "perdiendo el tiempo" (Rodríguez 1942:90-96) Asimismo la calle fue presentada como el espacio en donde se desacreditó al ebrio en tanto comportamiento reprobado: a un tiempo que se transmitían a los niños los efectos perniciosos del consumo exacerbado de alcohol, se les inculcaba que la calle era un recinto que debía ser preservado de esos "espectáculos horribles" justamente por ser transitada y compartido por personas y niños de todas las edades y géneros (Olguín y Zamora Grondona, 1926:125)

Es por demás interesante subrayar que la calle fue presentada como la síntesis de la Patria cuando estaba embanderada y preparada para las celebraciones. Lo propio decir de las plazas, especialmente la Plaza de Mayo, que distinguía como expresión convalidante y legitimadora de los acontecimientos magnos de la historia nacional, como suma de la lucha por la libertad y fundamentalmente porque por esa plaza transitaron los padres de la Patria, aquellos que le dieron las mayores glorias. Y se concluía que en la Plaza de Mayo "flota el alma de la Ciudad y de la Patria" (Jáuregui, [s.f.]:60)<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Creemos oportuno mencionar que de las ciudades también se destacaron los puertos, los frigoríficos, los transportes, las fuentes de energía y todo aquello que permitiese inferir y/o demostrar el progreso de la Nación a un tiempo que insistir en las actitudes aprobadas como la dedicación al trabajo y el compromiso de ser útiles a la Patria. Por lo apuntado en relación a la ideología dominante, estas demostraciones de logros económicos y culturales convalidó y afirmó el convencimiento en la eficacia del modelo elegido por la clase dirigente.

## **El espacio de la Patria**

La Patria como tal, como construcción del conjunto social que deviene en síntesis de valores, actitudes e historia comunes, adquirió en los textos que se destinaron a la enseñanza primaria visibilizaciones concretas que se orientaron a fortalecer la cuestión identitaria a partir –fundamentalmente- de la identificación de paisajes naturales que, como los héroes nacionales, a fuerza de ser repetidos una y otra vez gestaban el sentir patrio. Incluso la propia incorporación de un mapa o la caracterización oro-hidrográfica, económica y hasta cultural (por la presentación de la vestimenta típica de cada región), aparecían subordinadas a esa significación nacional-identitaria que se les asignaba. En este sentido ejemplifiquemos con el mapa que fuese incluido en la obra de Jorge de Andrada. La citada imagen –Anexo 2– es por demás ilustrativa: obsérvese cómo se caracterizó cada zona en función de la producción económica predominante y de la flora originaria, como así también la inclusión de alguna construcción típica y lo suficientemente representativa. El texto que acompañó la imagen, insistió en que los habitantes de tan vasto territorio conformaban una gran familia: “la Argentina es la tierra, donde hemos nacido, la que nos une con los vínculos de la nacionalidad. Nos llamamos argentinos por haber nacido en ella” (De Andrada, 1937:41) Y a un tiempo destaquemos las palabras que se asociaron a esa tierra con tal población: “unida, laboriosa y fuerte”. Subrayemos la insistencia de los autores en presentar el territorio como el hogar de una gran familia con un venturoso porvenir que daría bienestar a todos, tal como la clase dirigente se empeñaba en consolidar.

Y aún más, cada sitio que fue escenario de un acontecimiento trascendente recibió como para refirmar ese carácter la condición de “suelo histórico”, más eminente aún si a ello sumaba bellezas naturales y atractivos económicos, como por ejemplo, Tucumán, el río Paraná, Mendoza, el mar argentino, los Andes.

Cuanto venimos diciendo se comprueba acabadamente en la Cordillera. Así si bien geográficamente exhibía los picos más altos del continente, su “fama” le devenía del Libertador de tres naciones. El autor poniendo palabras en boca de una humanizada cadena montañosa, expresó:

San Martín me engrandeció, me llenó de gloria. Atravesó con su ejército mis peligrosas tierras. Se internó en las quebradas y después de fatigas incontables alcanzó la victoria. Fue desde aquel día uno de los más célebres generales; y yo, cordillera americana, orgullosa de la gloria de uno de mis



hijos, gusté pasear mi nombre junto al de San Martín, por todos los caminos de la historia del mundo (De Andrada, 1937:90)

Advirtamos también que la Cordillera tuvo otra connotación histórica marcada por haber sido “el camino de salvación” para argentinos opositores a Juan Manuel de Rosas en tiempos de su gobernación. Desde esta posición de lectura los Andes adquirieron una doble significancia con “el paso de aquel general y con el paso de estos desgraciados soldados de la libertad...” Adhiriendo los autores a la historiografía liberal, identificaron al cruce sanmartiniano como la “edad de oro” y los tiempos del rosismo, “edad de hierro, de los tiranos” (Olguín y Zamora Grondona, 1926:203)

Desde otra perspectiva fue presentada la Pampa: en su inmensidad fue considerada como “tierra dichosa” que esperaba ansiosa la mano laboriosa del poblador. En este sentido, la pampa “desierto” pasaría a ser “recuerdo de los argentinos” como ya lo era su poblador autóctono, el gaucho, el que se había ido acomodando con el paso del tiempo en una versión “buena y noble”, “valiente y hospitalario”.<sup>8</sup> Y concluían los autores: “se dice de él que es hijo de su tierra: ancha, amiga, acogedora...” (De Andrada, 1937:115)

A la Pampa también aparecieron asociadas las actividades propias del ámbito rural, como para caracterizarla aun más e individualizarla del resto de las regiones del país. Esto debe comprenderse en función que las actividades agrícolas y ganaderas eran las privilegiadas por el modelo dominante y de ellas provenían los recursos fundamentales del Estado. Así la yerra, la doma, el baño de animales, las carneadas, la siembra, la cosecha...eran actividades entendidas como “nacionales”, como su árbol típico, el ombú. Este fue concebido como auténtico “monumento que la Naturaleza ofrecía” al payador, al gaucho bueno que supo conquistar “el suelo de la patria”. Se consideró entonces su tronco como prueba testimonial del pasado, y los autores llegaron a afirmar de este ejemplar: “tu historia es nuestra historia. Eres realmente nuestro. ¡Sin ti no hay pampas!” (Olguín y Zamora Grondona, 1926:249) como síntesis de lo nacional, y por lo mismo venerable y patrimonio del conjunto social argentino, “nuestro”.

---

<sup>8</sup> Debemos aclarar que los autores coincidieron en señalar al gaucho como poblador de la Pampa y en su versión “amistosa”. No se hacen alusiones a la presencia de los pueblos originario, y es factible suponer que tal actitud pueda adjudicarse a la coherencia con que los intelectuales del Ochenta concibieron el modelo país, subestimando o ignorando todo aquello que significase, a sus ojos y mentes progresistas, una rémora del pasado y el atraso.

En idéntico sentido fue presentada la ciudad de Rosario, ciudad histórica y exponente no sólo del activismo y progreso económicos sino también por ser considerada la segunda ciudad argentina por sus instituciones representativas de la cultura, demostrando a todas luces que era irreversible el rumbo emprendido y contundentes los pasos dados en la batalla de la civilización ganándole terreno a la barbarie, definido éste como un objetivo preclaro de la clase dirigente en su proyecto de dominación (Olguín y Zamora Grondona, 1926:194)

Mencionemos también que el suelo patrio en general fue enaltecido por haber sido la cuna de los "padres fundadores": San Martín, Belgrano, Moreno, Rivadavia, Sarmiento, Alberdi, Echeverría...pero también de hombres de ciencia, artistas y poetas, como lo fueron Ameghino, Almafuerte, Obligado, Guido Spano, todos ciudadanos ilustres. Y la gloria se entendía compartida, pues se enfatizaba a los niños que eran compatriotas de los próceres y que, por lo mismo, debían no sólo sentirse orgullosos sino también y fundamentalmente imitar sus vidas (Jáuregui, [s.f.]:17-18)

Idéntico concepto sacro se adjudicó al cementerio de La Recoleta, en el que las bóvedas y panteones venían a convertirse en páginas gloriosas de la historia y simultáneamente encontrar el secreto de la grandeza nacional en las virtudes de aquellas figuras. Así concebidas, esas tumbas pasaron a un carácter cuasi religioso y a un tiempo señalizador y educativo.

Y haciendo mayor énfasis en la identidad territorio-Patria, ésta "es el hogar, el pueblo, el partido o la ciudad donde vivimos, y, por fin, la patria es todo el territorio argentino, con lo que hay dentro de sus límites..." (Jáuregui, 1932:124) Desde esta óptica entonces los hombres y las cosas entraban en peculiar simbiosis con el territorio y merecían por tanto idéntico fervor y sentir que la Patria en tanto entidad metafísica.

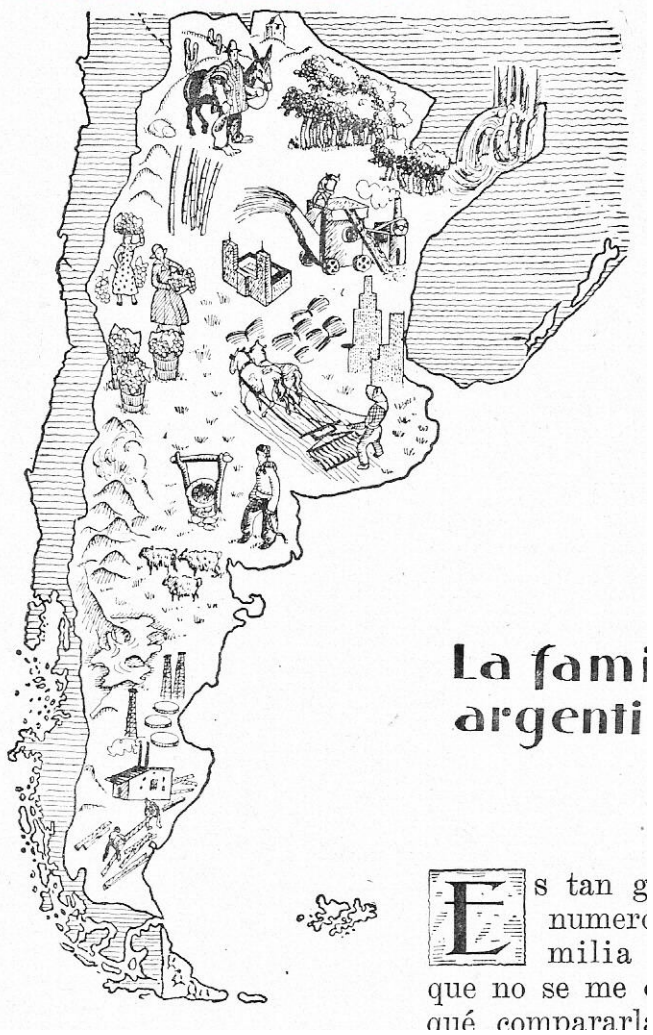
Por todo lo expuesto, la construcción de la identidad nacional, del ser argentino, estuvo signada por la decisión política del Estado argentino el cual, desde 1880, concretó e impuso un modelo de país en el que se adjudicó a la educación la tarea esencial de formar al argentino que no sólo fuese acorde al modelo sino que se asumiese como realizar y continuador de la pléyade de héroes que habían dado nacimiento a la Patria. Desde esta perspectiva, se les pidió a esos niños-futuros ciudadanos: "Amemos la patria en su territorio, en sus habitantes, pueblos y ciudades, en sus grandes hombres, en sus leyes, en su pasado, en su presente y en todas sus manifestaciones de progreso..." (Jáuregui, 1932:127) Así

en el ideario de los hombres del Ochenta, Patria aparece como síntesis inconfundible de todo su proyecto: tanto en los elementos espirituales como los materiales, lo nacional se ofreció como singular entidad que sintetizaba en sí las glorias pasadas, los logros del presente y los progresos del futuro. El niño argentino crecería asumiéndose heredero de las grandezas y co-responsable del desarrollo colectivo nacional.

## Anexo 1



Anexo 2. De Andrada (1937:40)



## La familia argentina

**E**s tan grande el número de familias que no se me ocurre qué compararlas

## BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, Pierre y Luc BOLTANSKI, *La producción de la ideología dominante*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009.
- DE ANDRADA, Jorge, *Por nuevos caminos*, Buenos Aires, Ángel Estrada, 1937, 3º ed.
- DE TORO Y GÓMEZ, Clara, *El hogar de todos*, Buenos Aires, Kapelusz, 1930, 11º ed.
- EBERLE, Adriana, *Propuestas metodológicas para la construcción/investigación de la historia política argentina*, presentado en la mesa especial *La historia política argentina en cuestión: funcionalidad tradicional y nuevas perspectivas de abordaje metodológico*, coordinado por la que suscribe, en el marco de las Segundas Jornadas de Filosofía Política, Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca, abril de 2009, publicado en soporte virtual, [www.cefysmdp.com.ar](http://www.cefysmdp.com.ar) ISBN 978-987-26094-0-5
- EBERLE, Adriana, *A la Patria los pueblos no la comprenden, la sienten... Análisis historiográfico de la literatura infantil destinada la escuela oficial primaria argentina, 1884-1930*, presentado en las XIV Jornadas Nacionales y VI Latinoamericanas "El pensar y el hacer de Nuestra América a doscientos años de las guerras de la independencia", organizado por el Grupo de Trabajo HACER LA HISTORIA, y el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca, octubre de 2010.
- JÁUREGUI, Juan Francisco, *Sé bueno*, Buenos Aires, Kapelusz, 1932, 3º ed.
- JÁUREGUI, Juan Francisco, *Pelusita*, Buenos Aires, Kapelusz, [s.f.].
- OLGUÍN, Marí N. y Virginia ZAMORA GRONDONA, *Lucha*, Buenos Aires, Ángel Estrada, 1926.
- RODRÍGUEZ, Atanasio, *Senderos*, Buenos Aires, Kapelusz, 1942.
- ROJAS MIX, Miguel, *El imaginario, civilización y cultura del siglo XXI*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.